

Carlos Guillermo Navarro

El paraíso de las flores marchitas

Y así, se encontrarán con un paraíso terrenal donde se marchitan a veces las cosas y los seres que lo pueblan. Donde la justicia de la injusticia hace perder la razón.



© Carlos Guillermo Navarro Rodríguez
© De esta edición Guadalturia Ediciones

Primera edición, Mayo 2013

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright».

COLECCIÓN LITERARIA

Guadalturia Ediciones

Edición a cargo de: José M^l Toro Maquetación: Rafael Moreno

www.guadalturia.es mail: info@guadalturia.es

Imprime:

ISBN: 978-84-940821-8-4 Dep. Legal: SE 797-2013 Hecho e
impreso en España. Made and printed in Spain

CARLOS GUILLERMO NAVARRO

El paraíso de las flores marchitas

2013

Si necesitara incitarles a la lectura de esta historia, no les impulsaría con capítulos de forja de héroes para que fueran incapaces de abandonarla y obligarles a leerla de un tirón. Tampoco me apropiaré de los estudios de marketing para hacérsela llegar de manera atrayente. Me bastaría únicamente recalcarles que se trata de un argumento real y también de actuaciones desequilibradas donde los hechos se llevan al límite y tal vez se identifiquen con lo recogido en estas páginas.

Me invade el desconcierto al intentar ordenar mis notas, porque no sé si llamar a los personajes con nombre propio o designarlos con un genérico. Pasaría así de la individualidad biográfica de quien se significa en el texto, a la unión que ustedes hiciesen para hermanarse con algunos de ellos. Me inclino por esto último que resulta una reconstrucción más global. Por tanto, donde digo, entre otros nombres, defendido, representado, cliente, antiguo cliente, nuestro hombre o protagonista se integrarán en estos conceptos algunos de quienes lean esta novela; si hablo de mujer o exmujer de nuestro hombre, se podrán incluir aquellas personas según su situación de entronque con el matrimonio o con el vínculo de separación; igualmente, donde expreso delincuente, convicto o presidiario, retomo al que pulula por ahí malavenido con la sociedad; y cuando especifico la actual o nueva compañera, propongo los posibles cambios sobrevenidos en la pareja; sólo el calificativo de esposa lo reservo para lo que ustedes consideran como ideal. No obstante, y para no caer en operaciones estilísticas, conjugo estos nombres como propios y los reitero con peso específico de tales, aunque se consideren comunes.

De aquí, pues, una vez desgranado este amasijo de verbosidad, permitidme que empiece la historia.

1. No sobrepasaba los dieciséis años cuando por causa del destino me favoreció la felicidad en su más amplio sentido con un amor intenso que llenó de alegría mi corazón. Si le preguntarais a la persona partícipe de mi dicha en el sabor mañanero del placer, seguro que empezaría su relato con esta escueta frase.

Voy a contar lo que muchos probablemente habéis tenido en el pensamiento y otros habéis realizado en años juveniles; y me atenderé al exponerlo a lo que por aquel entonces produjo mis más hondos estímulos.

He de reconocer que la amé con la mirada, con el olfato, con el tacto, y más aún, endulcé mi boca con sus besos, apreté sus pechos con mis manos y penetré en su cuerpo con pasión. Me entregué a ella con desenfreno y con jadeo asfixiante, con el delirio y el atrevimiento de cuando soñamos.

Fue nuestro bautizo carnal, donde nuestros cuerpos se fusionaban hasta convertirnos en uno solo. Nos derretíamos en apretados esfuerzos, nos abrazábamos con

opresión, rompiéndonos la espina dorsal, comprimidos uno contra el otro hasta que nos costaba resoplar. Los dientes rechinaban y entrechocábamos las bocas con latiguillo de lengua lanzada como camaleones a la caza de alimento. Pero de igual forma palpábamos nuestros huecos y montículos con el tacto con el que se tocan las cosas apetecibles. Estos amores desmedidos me han producido siempre miedo porque no tienen tope, incluso concibiendo aquella cota de techo que nunca traspasarían.

Se afirma que la plasmación de los amores exaltados no cabe en las descripciones de la escritura. Al amparo de ello, no puedo hacer cimbrear en vuestras manos el papel como a mí me tiemblan las mías, porque para que os alteraseis se requeriría que os llegasen los temblores afectivos que nos hacen estremecer y convierten en púas los vellos de la piel. Surcábamos por la vida como cuando la brisa acaricia el mar y deja una estela de salpullido o como cuando nos recorre el escalofrío del roce de la yema de los dedos por el cuerpo.

Me agradecería relatar esta etapa con mi admirable inclinación hacia ella y mostraros la necesidad que sentía por atenderla.

Un sábado señalado fue cuando me la apropié y me convertí en el hombre más afortunado del mundo por ese horizonte prometedor. Me auguré a mí mismo que nuestro entusiasmo nunca decaería. Rabiosamente enloquecido la estreché en un rincón callejero que guardo en la recámara, fuera del alcance del intruso que pretenda rememorar mi andanza voluptuosa.

Abarcábamos nuestras relaciones asomándonos al despertar del conocimiento sin las taras que cincela el transcurrir del tiempo.

Ya estuviese el ambiente revuelto o en calma, o sea, con cuanto la naturaleza tiene de cambiante, escribimos pasajes deliciosos en los comienzos de nuestras pasiones, en las que cada paso que dábamos, cada aliento o cada separación, proyectaban querencia hacia nuestro amor. Tenía la convicción de que tanta bonanza imposibilitaba una situación mejorable. Similar al deportista que culminado su récord, sólo aspira a batirlo, intentando sobrepasar su cima insuperable y así acometer objetivos y triunfos ultimados. Era como si conquistada la cúspide del placer, únicamente se nos facilitaran las puertas de la muerte o tuviésemos que retroceder.

Hablo como si una aureola mágica envolviese estos primeros años. Por ello, tiene este origen narrativo las expectativas enmarcadas dentro de las grandes aspiraciones.

Nuestro enamoramiento embobaba nuestros sentidos e inmovilizaba las horas, como cuando deseamos detenerlas para evitar el avance de la edad, y por propia correspondencia, el que envejecamos. No había razón para pensar que se acabaría nuestra felicidad.

No la cacé en ninguna mentira. Era sincera, sin atisbos de falsedades. Directa, sin admitir dobleces. Y entregada, sin haber parte de sus atributos desconocidos para mí.

Anduvimos algunos años confinados en este paraíso. No obstante, exhibía detalles que más adelante me vendrían a la memoria para centrar sus resentimientos. Y de esta manera, es de entender cómo discutíamos con unos amigos sobre cuestiones impensables que se dieran en nosotros, contabilizando los divorcios, desavenencias, maltratos y otros brotes de alteraciones en las parejas, escollos a años luz en nuestro hacer, cuando con sonrisa socarrona de muchacha formada me añadió: "si de mí alguien se separase, se enteraría".

De la broma, pues eso me pareció al escucharla, no deduje connotaciones reprobables, porque siempre me transmitía esa orla de candor que rebasaba las sentencias salidas de tono. Sin embargo, me asombraba que, con suave delicadeza juvenil, donde yo decía blanco ella decía negro, donde le daba la razón ella me la quitaba, con verbalismo de mecánica oposición, como si se tratase de un incidente proveniente de la infancia y no de una adversa predisposición contra mí.

A pesar de todo, nos balanceábamos al compás de las palpitaciones de los explosivos corazones. Además, como habíamos convenido en que nadie es cuestionable, cuando surgía entre nosotros alguna contrariedad, la envolvíamos en la comprensión o nos refugiábamos en persuadirnos de que era alguna tontería imposible de materializarla en recelo.

Me alegra dejar constancia de que en mis dieciséis años y en otros posteriores, resplandecimos sin papeletas enfrentadas y sin bajezas morales, encumbrados en la entrega carnal y espiritual, hasta probarnos cómo éramos capaces de disfrutar.

Adoro esta primera etapa de mi vida porque nos acogíamos a la ilusión que nos transportaba a las pasiones infinitas. Amor único y arrebatado de mis recuerdos imborrables de juventud jamás desaparecidos.

Nuestro primer encuentro no surgió de compleja búsqueda en fiestas o bares, sino que brotó entre dos personas que aleatoriamente cogían por la mañana el autobús para acudir a clase. De figurar para mí sin atractivos ni resaltes corporales donde posar mi interés, se coló con lentitud como mi chica perfecta, fascinado por considerarla mi tipo ideal. Era sin duda el ángel imaginado.

Para que vosotros lleguéis a comprenderlo, deberíais aproximaros a nuestros enfoques de hacer el sexo, a las irracionales maneras que activaban nuestras emociones, y, sobre todo, a nuestra fortaleza psíquica que se superponía a lo material.

Lo que más me duele es relatar con intención de rememorar mis primeras venturas y rematarlas con el tufillo ácido de los acontecimientos posteriores, ese después que marchitó nuestra dicha por motivo de nuestros caracteres, en el que se instaló en mí la timidez y en mi pareja el impulso, contrapuntos característicos de cada uno, y que consiguió hacerme a mí reservado y sin habla, y a ella dominante, con el poderío de los vendavales. Sin embargo, nos fusionábamos sin desuniones y afrontando las mismas apetencias. Procuro en estos hermosos comienzos haceros partícipes de mi felicidad y de mi entusiasmo por los objetos y las personas.

Mi palabrería difunde por sí misma mis preocupaciones en mi mocedad, habituado a no inhibirme hacia la muchacha con la que me acoplaba como amada, y descolgado de la generalidad, superando nuestra contraria confesión política, social y religiosa.

En concreto, valga esta introducción para sintetizar cómo siendo ella escrupulosa en materia devota, de fervor religioso y de clase social que no admitía la libertad sexual; sin embargo, desbordábamos en las relaciones lo prohibido por sus reglas. ¡Cómo destrozamos las barreras del pudor cuando el gusanillo del instinto nos picaba! Recuerdo su premura cuando entrábamos en contacto, abalanzada y sin recatarse, despreocupada de su pulpito ético, traicionando la moral por la nutrición carnal, opuesta a su pensamiento ideológico.

Nos aislábamos del mundo, de las amistades y de cuanto nos entorpecía. Nos amurallábamos entre nosotros y el resto sin percatarnos de la existencia del entorno.

A la familia le asignábamos el papel de decoración. Nos despojábamos de los besos paternos con actitud de desarraigo. Los besuqueos sólo se requerían por nuestros ascendientes. Estos desaparegos no se atenían a la conducta de los hijos cuando suprimen esos acercamientos por mayoría de edad. En nuestro caso eran despistes por las ensoñaciones que nos hacían volar fuera de la realidad.

Para nosotros, o mejor para mí, no predigo lo que pensaba ella, no deploraba arroparme con ninguna otra, ni por medio de pago ni por relación fortuita. Ninguna teta exuberante o culo descomunal removía mi naturaleza para juntarme. Yo estaba solamente por ella, desmotivado para trotar.

Había amigos que consideraban esta exclusiva elección como la del joven inexperto. Para ellos aprovechar las oportunidades era la esencia del hombre. En cambio para mí, cuando tenía entre mis manos sus pechos, sus moduladas nalgas, sus muslos prietos, su figura escultural, su boca destilando miel, y su espalda suave y deslizante como el cristal, no añoraba a la atractiva instantánea y rica en proporciones que relampagueaba y destellaba delante de mí.

Nos comíamos de mutuo acuerdo. Nos emborrachábamos de amor. Perdíamos la noción del tiempo. Padecíamos desvanecimientos por las alteraciones. Y nos amábamos sin interrupción, sin freno, hasta superar las fantasías inimaginables.

Sí, la amé con ardor dislocado, descerebrado, desbordado, y con la irreflexión de quien pierde los controles.

2. Cuando le expliqué años después mi caso al editor de un conocido, sin cuyo concurso nunca me hubiesen propuesto relatar una memoria, me pidió que la escribiera en género novelado y en doble versión. Según él, para eliminar el subjetivismo de lo contado, no procedía el simple monólogo. Demandaba las dos visiones, la mía y la de ella, para que los lectores recapacitaran sobre cómo las relaciones se trastocan en las diversas etapas de la vida.

Dicha memoria me fue solicitada posteriormente a las actuaciones judiciales de nuestra separación, pero también antes de ciertos hechos extravagantes y otros despreciables de los que sólo entremezclaré algunos en esta narración por la fuerte dimensión de los mismos y la reserva impuesta a quien se lo conté, y que fueron subsiguientes al enfrentamiento judicial tan interesante para el editor, por tener la certeza de su coincidencia con el perfil de otros numerosos supuestos.

Me puse a ello porque la doble visión impide el encasillamiento de la unilateralidad de quien lo observa desde su exclusivo prisma óptico. Era además razonable porque yo tenía dudas sobre cómo tratar la exposición de la que había compartido conmigo la vida en común. Procedía que ella también recapitulase sobre la huella de su experiencia, tal como opinaba el pagadero de nuestras revelaciones. Me puse en contacto y se avino a colaborar, advirtiéndome de que no tocase ninguna coma de su escrito. Y se lo prometí.

Al cabo de cuatro meses la llamé al no tener noticias suyas, y se retractó de su compromiso porque solamente había conseguido iniciar de la forma siguiente: "no sobrepasaba los dieciséis años cuando por causa del destino me favoreció la felicidad con un amor intenso que llenó de alegría mi corazón".

Me asombró su telepatía. Porque aunque al principio de este relato había pronosticado concordancia semejante, no dejó de inquietarme. La falta de la apostilla intercalada por mí, de "en su amplio sentido", concede mejora a la escritura de mi mujer. Era alusión que sobraba. En cuatro meses sólo había memorizado ese párrafo. Y me propuso que añadiera yo el resto.

A mí me toca, pues, subrogarme en el lugar de ella y elaborar su exposición. Por ello, procuraré desprenderme de lo que yace en mi interioridad y adivinar cuáles fueron sus propósitos, indudablemente entrando dentro de la especulación.

Permitidme que entremeta aquí, para conocimiento posterior, cómo transcurrido el tiempo y metidos en uniones matrimoniales que se detallarán con amplitud más adelante, nos posicionamos los dos en nuestros contrastes de pareceres. No obstante, para que estas contraposiciones no provoquen enfrentamientos, es necesario permanecer en silencio. Y reflexiono así, porque he actuado con ese mutismo cuando no he querido herir susceptibilidades y me era menos penoso callar que porfiar. Cedía yo para procurar acercarnos. Y por este preservarme, a la larga mi comportamiento confirmó el pontificado de ella.

Si yo tenía predisposición a inhibirme por las vacilaciones de mi cerebro, causadas por el alijo de preguntas que se me reproducían sin poder canalizar mis dudas; mi pareja, con aliento despreocupado e incluso con la idea prefabricada de que lo que exponía era contrario a lo que pensaba, defendía siempre sus postulados sin vacilación.

Estimo, y vaya a saber cada cuál lo que pasa por la cabeza de cada uno, que estar continuamente en opiniones opuestas nos colocaba en un mundo de intranquilidades donde distorsionábamos nuestro modo de ser.

Mis reacciones partían del impulso. "¿Te acuerdas?", interfirió ella un día, "¿de aquella tarde, cuando nos manifestábamos y nos movíamos por la calle como sepulcros con patas, cuando no sé si fue el chirrido de un grillo o un movimiento mal sincronizado, el que motivó, ante la tensión acumulada, una estampida colectiva, de huidas esparcidas, en la que saliste disparado dejándome abandonada, hasta que los organizadores de la manifestación nos ordenaron de nuevo, y viste como yo marchaba en la cola?". Los reproches desencadenados después, fueron el justo precio a su incomprensión. Todos tenemos actos reflejos.

No obstante, cuando se idealiza a la persona amada se minimizan los defectos. Para mí no prosperaban en ella las imperfecciones sobre las que más tarde recapacité con detenimiento. En cambio, mi mutismo era para ella mi flaqueza, como el escondite donde me ocultaba.

De esta manera, durante el primer periodo de nupcias, salvábamos cualquier desavenencia y asumíamos nuestros roces con besos prolongados que de mutuo acuerdo nos...